

El primer libro

de entrada de esclavos negros a Buenos Aires

Ricardo Rodríguez Molas

EN largos viajes que duraban meses, cruzaban los buques negreros el océano Atlántico desde las costas de Africa, transportando en sus bodegas la triste mercancía humana que en las ricas Indias españolas y portuguesas suplantaba la mano de obra del rebelde indígena. Era un pingüe negocio: nobles, príncipes de casas reinantes y comerciantes de toda laya recibían en sus arcas los relucientes doblones que llegaban de las colonias americanas a cambio del dolor y el trabajo de los esclavos negros.

Desde la más remota antigüedad el negro fué utilizado como esclavo. En Grecia y Roma eran considerados, por lo exótico, mercadería de lujo. Llegaban a Europa gracias al tráfico que hacían los mercaderes semitas en el continente, a cambio de productos del mundo occidental de entonces.

El tráfico negrero en gran escala se inicia con el descubrimiento de América, debido a los problemas que se plantean por la necesidad de mano de obra

en las regiones tropicales. Ese comercio fué autorizado por una bula papal en el año 1440, concedida al Infante Enrique de Portugal.¹ Otros autores —como refiere Diego Luis Molinari— corrigen esa fecha, afirmando que fué el Papa Nicolás V en 1455. Los portugueses recorrían la costa del continente instalando factorías y comerciando con los distintos reinos africanos. Ese trato queda definitivamente asegurado en sus manos debido al convenio de Tordesillas, fechado el 7 de julio de 1492.

Tal comercio, en los albores del descubrimiento y la conquista rendía sus apetitosos frutos. Nadie, por lo tanto, protestó por ese infamante trato. En las bodegas de los buques —especialmente acondicionadas para el transporte humano— venían los morenos al Nuevo Continente. Pestes y enfermedades diezmaron la humana mercancía. El padre Pedro Lozano, en su *HISTORIA DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS EN LA PROVINCIA DEL PARAGUAY* (tomo primero, pág. 693, Madrid 1754)



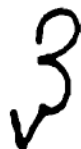
se refiere con justa indignación al tráfico negrero y a las incomodidades que sufrían los esclavos en los veleros de aquellos primeros años del siglo XVII. Refiere en su libro, con lujo de detalles, que la mercancía de esclavos, que se conducían de Angola, llegan apestados, ó dolientes de otras enfermedades asquerosas, porque la incomodidad horrorosa que padecen en la navegación, entre ascos, é inmundicias, los más nauseables”.

Páginas más adelante, al historiar la vida del andariego padre Diego de Torres —llamado el “Apóstol de los Negros”—, fundador de la Compañía de Jesús en Buenos Aires, vuelve nuevamente sobre ese punto. Cuenta Pedro Lozano, que embarcado Diego de Torres en el Puerto de Perico —que así se llamaba el de Panamá— se encuentra en el buque con un copioso lote de negros de diversas naciones: *Biafaras, Branes, Bañones, Biojones y Mandingas*. La navegación y el cambio de clima les resultaba sumamente dolorosa para sus pobres cuerpos, cubiertos de pestes y enfermedades de todo tipo. Viendo el mencionado misionero la gentilidad de esas almas, trató de convertirlas a su religión, enseñándoles el catecismo, *para disponerlos al Santo Bautismo*. Refiere el cronista, líneas más adelante, que en primer lugar se encargó de los más enfermos, como que corría mayor riesgo su salvación. Sin dominar aún los idiomas africanos, que más ade-

lante aprendería, *valióse de algunos intérpretes, que entendían el idioma de las dichas Naciones y formó catecismos, en los cuales fué instruyendo su ignorancia, y desbastando su rudeza, en que padecía trabajo insoportable, siéndole forzoso a su mortificación coger su hediondez muy de cerca, en sitios que son desconocidos de los aires (las bodegas), y solo entra el calor para aumentar el hedor, y la congoja* (Opus cit., pág. 701).

En el cuerpo de los negros esclavos se estampaba a fuego la marca que decía —al igual que en el ganado— de un dueño. Estas marcas fueron utilizadas desde la antigüedad para determinar posesión y señalar a los delincuentes y criminales. Al esclavo romano solían colocársela con cierto hierro, determinando así a qué propietario pertenecía. Los que huían, es decir los llamados *fugitivus*, se reconocían por la F que el amo les hacía estampar en la frente.²

El emperador Constantino las prohibió definitivamente, ordenando, en cambio, el uso de una pequeña placa de bronce que se colgaba del cuello del esclavo para indicar a quién pertenecía. Ciertos autores afirman que a partir del siglo III se abandonó esta última costumbre.³ Tiempo más tarde, con el resurgir de la esclavitud, debido al conocimiento de las costas de Africa y descubrimiento del Nuevo Mundo —donde se utilizan los negros—, vuelven a usarse las marcas que



MARCAS DE ESCLAVOS



a comienzos de la era cristiana se habían suprimido por ser consideradas denigrantes a la condición humana. Estas, llamadas en América "carimbas", se emplean durante varios siglos en las colonias de España. La individualización de un esclavo se hacía de acuerdo con la marca que llevaba en su cuerpo y, asimismo, de acuerdo con el sexo y las señas particulares que pudiera presentar. En las escrituras de venta se dibujaban con curiosa precisión para evitar pleitos y discusiones.

En los últimos años del siglo XVIII se prohíbe por una real cédula, lechada en San Lorenzo el 4 de noviembre de 1784, *la práctica establecida por antiguas reales disposiciones, de marcarlos (a los esclavos) á su entrada por el Puerto en el rostro, ó la espalda, con el fin de distinguir por aquella señal los que se introducían con las licencias necesarias, y por conductos legítimos, pagando los Reales derechos establecidos, y por los que entrasen clandestinamente, dando, como hasta ahora se ha executado, por decomiso los que se hallaban sin la marca*".⁴ Se dejaban sin efecto en esa oportunidad las disposiciones anteriores, que reglamentaban las señales a fuego, ordenándose que se remitieran a España todas las marcas llamadas de "carimbar" que existieran, *para inutilizarlas, y para que nunca se usasen de ellas*.⁵

En Buenos Aires, desde los primeros años del siglo XVII, se llevó especial cuenta por orden

de la corona de los esclavos que llegaban a su puerto, en su libro destinado especialmente a tal fin. En las primeras hojas del primer tomo del registro mencionado, que se conserva inédito entre los papeles del Archivo General de la Nación, en la ciudad de Buenos Aires, se copia una real cédula expedida en 1613, ordenando se preste especial cuidado con los morenos que entran por el puerto debido a que se tienen noticias de envíos despachados sin su correspondiente licencia.⁶

Los buques negreros venían *de Portugal por vía del Brasil como de Guinea, islas de San Jorge y el Hierro de las Terceras*, como así también de otros lugares de la costa africana. Sus cargamentos llegaban a Buenos Aires reducidos a la mitad, debido a las pestes, cambio de clima y alimentación. Una vez en puerto, en complicidad con las autoridades, descargaban los navíos para vender en pública subasta los desgraciados esclavos, que en su casi totalidad eran trasladados a Lima, Charcas y otras ciudades del norte, donde se obtenían apreciables ganancias.

En la mencionada cédula real se hace presente que en 1612 había salido de Angola Juan del Campo con muchas "piezas" de esclavos sin su correspondiente permiso, dándoselos a Buenos Aires por bien arribados. Lo mismo se expresa de un tal Paulo Martul, llegado a este puerto en las mismas condiciones con un cargamento de cuatrocientos negros.

MARCAS
DE
ESCLAVOS

Coméntase más adelante que alrededor de esa fecha habían realizado el tráfico ilegal otros navíos, contándose más de cinco en aquellas condiciones. Para combatir ese comercio se ordena llevar un estricto registro de los morenos que llegaren, anotándose el nombre del comprador y la marca que se le colocaba en el puerto.

Ese control se hizo, como dejamos dicho, a partir de 1617 en un libro especial, usado únicamente para ese menester. Transcribimos a continuación el título puesto en la primera página: *Libro donde se asienta la razón de los despachos de los negros que entran por este puerto de Buenos Aires desde el principio del año mil seiscientos y diez y siete. Hecho por mandato del Señor Gobernador Hernandarias de Saavedra juez comisario en estas provincias en orden de la comisión real que de su magestad tiene, que está en este libro con el auto que proveyó para dicho efecto numerado en ciento diez fojas.*

En las escasas treinta páginas útiles —el resto está en blanco— anotan las “piezas” denunciadas entre los años 1617 y 1630. Vamos, analizándolas detenidamente, que muchas presentan dos, tres y más marcas de fuego en diversas regiones del cuerpo. No es raro hallar quien lleve una en cada pecho, tratándose de mujeres. Queda fuera de toda imaginación la descripción de las crueles escenas que se registra-



MARCAS
DE
ESCLAVOS



rían en el puerto y lugares destinados a tal efecto, en el momento que las “carimbas” puestas al rojo se colocaban sobre sus pobres cuerpos. Los ayes y las extrañas voces, en sus distintos idiomas, transformarían el lugar en un infierno, en tanto el escribano, apoyado en una pequeña mesa, con dificultosa caligrafía dejaba constancia de los nombres: *Un muleque llamado Antonio, con una marca en el brazo. Lo compra Francisco Molina. Llegó en el navío San Antonio, del maestro Agustín Pérez.*⁷ Y al terminar de dibujar minuciosamente las letras con su pluma de ganso, escribe al margen: *19 de marzo de 1617.*

En el mencionado libro con cubierta de pergamino —en cuyo lomo se lee, con ortografía y caracteres de la época: “Razón de los esclavos que entraron en este puerto el año de 1617. Tomo 1”— figuran los asientos de esclavos, anotándose al margen la correspondiente marca. Durante los trece años que van de 1617 a 1630 llegan —mejor aún: se anotan— cerca de noventa morenos. La cifra no es del todo exacta debido al mal estado del papel (carcomido) en algunas páginas. Las marcas dibujadas ascienden a sesenta y siete, reproduciéndose algunas de ellas entre las columnas de este artículo.

Anotamos a continuación las personas que en esos años compran esclavos en Buenos Aires. *En 1617: Francisco Molina, Gerónimo Medrano, Juan de Zára-*

te. *En 1618*: Pedro de Saraque, Blas Gómez, Alvar González, Antonio de Melo, Cristóbal de Luque, Francisco de Escalada, Gaspar de Gaete, Diego de Trigueros, Miguel de Neira, Francisco de Minguez, Miguel de Zumilaga, Blas de Mora, Francisco García Romero, Francisco González y Leonor de Cervantes. *En 1619*: Leonor de Cervantes y su marido Juan de Bracamonte, Diego de Trigueros, Gerónimo de Medrano y Luis Duarte. *En 1620*: Francisco Rodríguez. *En 1622*: Francisco Manzanares, Agustín de Noguera, Juana de Esquivel, Esteva de Salas, Sargento mayor Ibáñez de Andrada y Hernán Juárez. *En 1623*: Juana de Esquivel. *En 1624*: Rodríguez Flores, Pedro de Valdéz, Enrique Enríquez y Gonzalo de Acosta. *En 1625*: Gonzalo de Acosta, Gabriel Sánchez de Ojeda, María Ortiz mujer de Juan Pérez de Godoy, María Leal, Pedro Gutiérrez,

María Sánchez Gatica en nombre de Bartolomé Ramírez, Felipa Hernández y Francisco Rodríguez. *En 1626*: Manuel de Avila. *En 1630*: Juan García.

Entre los apuntes agregados a continuación del nombre del comprador donde se refieren señas particulares de los esclavos, hallamos algunas curiosidades dignas de ser anotadas. Un moreno llegado en 1617 presenta como principal característica el ser "picado de viruelas" (en) el rostro; en 1618 se dice de otro que es "tuerto de un ojo". En este último año se registra otro "con la oreja derecha menos". Las señas en algunos casos —fuera de los lugares indicados— se hallaban "donde nace el espinazo" y "entre las dos cejas". Una morena llamada Angela además de las marcas tenía "pintadas las sienes". En cambio otros, los menos, no presentaban señal alguna.



REFERENCIAS

1 *Diego Luis Molinari*: LA TRATA DE NEGROS. DATOS PARA SU ESTUDIO EN EL RÍO DE LA PLATA, 2ª edición. Universidad de Buenos Aires. Facultad de Ciencias Económicas. Colección de textos y documentos relativos a la Historia Económica Argentina y Americana. Vol. II.

2 Véase el capítulo que *Jérôme Carcopino* en LA VIDA COTIDIANA EN ROMA (Librería Hachette, Buenos Aires, 1944) le dedica a los esclavos.

3 *Ibidem*.

4 REVISTA DE LA BIBLIOTECA NACIONAL, Tomo XVI, Segundo trimestre de 1947, Nº 42. En esta publicación se incluye un Cedulaire referente al régimen colonial de la esclavitud de los negros, con un interesante estudio de *Felipe Barreda Laos*.

5 *Carimbar* es la acción de marcar con la *carimba* (la marca). Hoy en algunos países —Perú, Puerto Rico, etc.— se llama así el hierro utilizado para marcar el ganado.

6 Archivo General de la Nación, División Colonia, Sección Gobierno, Sala 9-C. 14-A. 7-Nº 21.

7 *Ibidem*.